

¿En qué sentido es analítica la Filosofía Analítica?

Una de las razones principales por las cuales el análisis conceptual ocupó un lugar tan central dentro de la filosofía del siglo XX fue porque algunos filósofos pensaron que éste sería un método filosófico ideal. En algunos casos llegó a pensarse que este tipo de análisis era el único método filosófico genuino. La historia de cómo el análisis conceptual llegó a posicionarse en el centro de la discusión meta-filosófica del siglo pasado es harto interesante.

El análisis conceptual apareció en la historia de la filosofía occidental justo en el momento indicado. A finales del siglo XIX, las ciencias naturales habían avanzado a tal grado que algunos filósofos temían ser desplazados por la nueva ciencia (Fodor, 2007). El mundo, la mente y el lenguaje dejaron de ser una provincia casi exclusiva del filósofo para convertirse en territorios en disputa. No nos debe sorprender por lo tanto, que algunos filósofos hayan pensado que era necesario demostrar que las verdades de la filosofía eran tan genuinas y objetivas como las de la ciencia, pero que a diferencia de ellas, no eran ni empíricas ni naturales. Así, los filósofos podrían seguir dedicándose a su investigación, sin caer en la superchería ni entrar en competencia con las ciencias naturales (una competencia que ellos parecían estar destinados a perder). Sostener que las teorías filosóficas eran analíticas, parecía resolver el problema. Recordemos que en la concepción tradicional de la analiticidad, las verdades analíticas no eran empíricas como las de la ciencia natural, sino *a priori*. Además, al ser necesarias, tampoco podían entrar en contradicción con ellas. De esta manera, el análisis *a priori* no podía producir resultados que pudieran cuestionarse en el tribunal de la ciencia empírica.

Por supuesto, hay otras maneras de encontrar un espacio para la filosofía sin entrar en competencia con la ciencia natural. Basta, por ejemplo, concebir a la filosofía como una ciencia natural más. Si la filosofía es una disciplina a la par del resto de las ciencias naturales, entonces no necesita una fundamentación especial. Una tercera estrategia es deshacerse de la idea de que la

finalidad de la filosofía es producir algún tipo de conocimiento objetivo. De ahí que durante el siglo XX, se perfilaran tres concepciones distintas del quehacer y método filosóficos, que correspondían a las tres estrategias antes mencionadas. Por un lado, la filosofía *analítica* se basaba en la concepción del párrafo anterior, donde el papel de la filosofía era descubrir verdades analíticas mediante el análisis conceptual. Por otro lado, a mediados del siglo XX surgió en los Estados Unidos el *naturalismo*, que concebía a la filosofía como una ciencia natural más. En vez de buscar un método (como el análisis conceptual) y un tipo de verdades *especiales* propias de la filosofía (como las verdades analíticas de la filosofía analítica), la estrategia naturalista era apropiarse de los métodos comunes de la ciencia natural para resolver los problemas filosóficos. Finalmente, como un desarrollo de lo que se llamó la “escuela de la sospecha” del cambio de siglo (Freud, Marx y Nietzsche), se desarrollaron una serie de escuelas filosóficas que compartían el rechazo al ideal del conocimiento objetivo encarnado en la ciencia natural. Para estas escuelas filosóficas –como la deconstrucción (Derrida, 1989); la hermenéutica (Ricouer, 1974; Gadamer, 1988); el pensamiento débil (Vattimo y Rovatti, 1988), etc., y también la concepción terapéutica de Ludwig Wittgenstein, que en conjunto llamaré, siguiendo la sugerencia de Martin Heidegger (1968), “pensamiento” filosófico) -- el papel de la filosofía **no** era la producción de conocimiento objetivo y por lo tanto, no había riesgo de competir con la ciencia.

Ni el naturalismo, ni la filosofía analítica, ni el pensamiento filosófico posmoderno ofrecen una revolución radical en la filosofía occidental. Por el contrario, las tres tendencias pueden presumir de ser la continuación de tradiciones filosóficas milenarias. Cualquiera de ellas podría presumir que su concepción de la filosofía recupera lo que la filosofía siempre ha sido. Desde los primeros filósofos griegos hasta la fecha, los filósofos de occidente se han dedicado tanto al análisis de conceptos, como a lo que ahora llamaríamos ciencia natural, y además a otro tipo de reflexiones que no buscan convertirse en conocimiento objetivo.

Hoy en día, el diálogo entre estas tradiciones es débil y poco común. Pese a que la filosofía analítica y el pensamiento filosófico comparten una raíz kantiana común, ambas tradiciones se desarrollan actualmente casi en total independencia la una de la otra. Tras la persecución, expulsión y desaparición de un gran número de filósofos analíticos de Europa continental durante el avance del nazismo, el diálogo entre estas dos tradiciones se ha vuelto casi nulo (Akehurst 2010, Stadler 2011).

En cambio, el diálogo entre filosofía analítica y naturalismo es un poco más común. Después de todo, el naturalismo contemporáneo surgió del encuentro de la filosofía analítica, exiliada de Europa, con el pragmatismo norteamericano (y como efecto secundario del anticomunismo estadounidense. Cf. Reisch 2005, Rorty 1997). De ahí que este naturalismo siga dedicado tanto esfuerzo para distanciarse de la tradición analítica de la que proviene.

En este punto es importante notar dos cosas. Primero, para que el análisis conceptual pueda jugar el papel protagónico que la filosofía analítica le adjudica, debería producir conocimiento (i) objetivo, (ii) *a priori* y (iii) necesario. Es necesario que sea (i) objetivo para distinguirse de la superchería y la pseudociencia. Debe ser (ii) *a priori* para distinguirse del conocimiento científico natural (y social). Finalmente, tiene que (iii) ser necesario para no poder ser refutado por, ni entrar en competencia con el conocimiento científico.

b. La filosofía terapéutica

En contraste con la visión científicista de la filosofía como generadora de conocimiento filosófico objetivo, pensadores como P. M. S. Hacker (2006) han rechazado el ataque “naturalista” al análisis conceptual señalando que el objetivo de este último –a la manera del Círculo de Viena, Ryle, Strawson o Wittgenstein– no debe verse como un establecimiento de un tipo especial de verdades “analíticas”, sino como un clarificador de proposiciones *problemáticas*. W. Hart (1990) ha sostenido

una tesis similar y Williamson mismo (2007) también ha rechazado la idea de que la falta de un criterio claro de analiticidad eche *automáticamente* por tierra el proyecto del análisis conceptual. A lo más, lo que desaparece es la plausibilidad de concebir la filosofía como una “ciencia de sillón”; es decir, una ciencia basada en la mera reflexión y no en la evidencia empírica (Hacker, 2006, p. 236). Si la filosofía no es ciencia –es decir, si no aporta conocimiento de verdades analíticas o de otro tipo–, entonces tampoco puede ser ciencia *a priori*.

Dentro de esta concepción, el objetivo del análisis no es justificar ningún tipo de proposiciones. Su objetivo es más bien, clarificar conceptos, proposiciones, teorías, etc., ofreciendo nuevas representaciones menos problemáticas que las sustituyan o complementen. “This requires a perspicuous representation of the problematic concepts that illuminates the problems at hand (Hacker, 2006, p. 235).” Estas nuevas representaciones –el verdadero resultado del análisis– tienen (o *deben* tener, ya que el análisis es una práctica normativa; es decir, que se puede hacer bien o no) la ventaja de ser más manejables. “Ser más manejables” es por supuesto, un predicado relativo a la tarea en cuestión (pero el predicado “problemático” también lo es). Sólo cuando las representaciones con las que *ya* se cuenta son problemáticas para una tarea dada, tiene sentido plantearse la necesidad de una nueva representación; es decir, de un análisis.¹ Solamente cuando tenemos problemas tiene sentido el análisis, y el criterio último del éxito del análisis no puede sino ser que las nuevas representaciones *sirvan* para la tarea que resultaba problemática con el uso de las viejas representaciones.

Nótese que, bajo esta concepción, el resultado del análisis, en vez de ser un nuevo contenido – una nueva verdad– lo que tenemos es el viejo contenido (o algo lo suficientemente cercano para los fines relevantes) *representado* de una nueva manera.² Si se me permite un poco más de especulación,

¹. Esta es la simple idea detrás de la noción de clarificación en Wittgenstein y Hart, o de la noción transformacional del análisis en Beaney (2002, 2003), Panza (2006) y su servidor (Barceló, 2004).

² Aun si el contenido de la representación analizado se transforma como fruto del análisis –como bien reconocía ya Rudolf Carnap en 1928– tampoco podemos hablar de nuevo conocimiento, sino de una estipulación legislativa de los contenidos de una nueva representación, que respeta lo

me permitiría llegar a decir que gran parte de lo que se conoce comúnmente como *explicación* no es sino re-representación. En otras palabras, analizar es *una* manera de explicar. Muchas veces, cuando pedimos que se nos explique algo, estamos pidiendo que se nos repitan las cosas de un manera más adecuada; es decir, pedimos una nueva representación que complemente o sustituya a la anterior. Si la representación es oscura, pedimos una representación clara. Si es desordenada, queremos que se nos ordene. Si es imprecisa, queremos que se precise su contenido. Si es demasiado compleja, que se nos simplifique. Si no le vemos el sentido, que se nos haga explícito, etc. En algunos casos, una representación puede ser problemática por ser imprecisa. Entonces, la explicación buscará clarificar el contenido de dicha representación; es decir, re-representarlo de una manera que ya no sea oscura. Igualmente para el resto de los casos que hemos mencionado. Una representación adecuada puede ser una representación clara, ordenada, precisa, simple y de sentido explícito. El objetivo del análisis es, por lo tanto, ofrecer este tipo de representaciones.

Podría insistirse que aun así, del análisis seguiría resultando el conocimiento de cierto tipo de proposiciones. Sea A la representación a analizar, y B la re-representación fruto del análisis. Decir que B es un análisis correcto de A parece comprometernos con la tesis de que A y B son, en algún sentido por determinar, equivalentes. Bajo esta concepción, todo análisis arroja enunciados analíticos de la forma " A es equivalente a B ". Aun aquellos que como Carnap, sostienen que lo que busca el análisis no es ofrecer una nueva representación *con el mismo* contenido que la anterior, sino proponer la sustitución de la representación problemática por la nueva, deben reconocer que falta una historia que contar acerca de qué nos justifica para llevar a cabo (o siquiera proponer) tal sustitución.

A lo más, estos pensadores podrían argüir que si bien el resultado del análisis puede

suficiente del contenido de la representación analizada como para sustituirlo en el contexto de la tarea para la que se realizó el análisis.

representarse en forma de enunciados analíticos, no es tarea del análisis justificar su verdad. La tarea del análisis es producir dichos enunciados, no justificarlos. Antes del análisis no había enunciado analítico que justificar. Una vez que el enunciado ha aparecido, el análisis ha terminado. La justificación no puede venir del análisis mismo, sino que debe de ser innecesaria o venir de algún otro lado. De ahí que los defensores de la analiticidad insistan tanto en su auto-evidencia. Si los enunciados analíticos fueran efectivamente auto-evidentes, no sería necesario justificarlos y el análisis no necesitaría apelar a ningún criterio más fundamental de corrección. Igualmente, si presentamos el análisis como proponiendo una sustitución, y si las ventajas de dicha sustitución fueran evidentes, el análisis no requeriría mayor fundamentación. Sin embargo, tal parece que la vía de la auto-evidencia es muy débil.

Pongamos un caso de análisis: la teoría de la consecuencia lógica de Tarski. Según los que defienden la tesis de que no hay análisis sin analiticidad, el éxito del análisis tarskiano dependerá de la verdad de un enunciado presuntamente analítico que sostenga algún tipo de equivalencia entre la noción pre-teórica de consecuencia lógica y la caracterización teórica tarskiana. Como es bien sabido, a partir del libro de Etchemendy (1999), la validez de dicha equivalencia ha sido fuertemente cuestionada. Independientemente de quién salga airoso de este debate, me parece claro que lo que está en cuestión no es el análisis del concepto de consecuencia lógica, sino su justificación. Es decir, nadie está proponiendo un nuevo análisis, sino cuestionando la validez del análisis de Tarski. Esto significa, me parece, que analizar y justificar no son la misma actividad. Una empieza una vez que la otra termina.

Otra manera de evitar las verdades analíticas en el análisis es argüir que la justificación de la corrección del análisis no es epistémica sino *pragmática*. Esta estrategia aparece de manera más clara en la vía Carnapiana, pues para Carnap el análisis propone la sustitución de una representación por otra. El éxito de dicha sustitución no debe juzgarse por la verdad de ningún tipo de equivalencia

analítica entre representaciones, sino por la efectividad y eficiencia práctica de la sustitución propuesta. Extendiendo este tipo de argumento, podemos decir que un enunciado analítico no trata de expresar ninguna verdad sino que la *propone*. La equivalencia no existe hasta que se haga uso de la nueva representación. Entonces, podemos ver si efectivamente son equivalentes o no. Pero este “ver” no es una demostración de ningún tipo, sino una “puesta a prueba” en la práctica.